

EL CONSUELO

2.

DE LOS QUE SUFREN.

(CUENTO)

2

FOR

AAP 2035

MARIANO EGAÑA.

112x03
55

—:20063:—



SANTIAGO.

IMPRESA DE «EL INDEPENDIENTE».

CALLE DE LA COMPAÑIA N.º 79 F.

1870.

EL CONSULTO

DE LOS CURSOS

(CIENTO)

MARIANO EGAY.

SANTIAGO.

IMPRESA DE EL LABORANTE

CALLE DE LA COMPAÑIA N.º 73 B.

1870.

EL CONSUELO DE LOS QUE SUFREN.

La noche del 3 de julio del año 1857*
fué una de las mas borrascosas que ha ha-
bido en Santiago.

Una lluvia copiosísima amenazaba con-
vertir en un inmenso lago a la ciudad.

El cielo parecia un océano suspendido
sobre las cabezas de los habitantes.

Los truenos se sucedian sin interrupcion
produciendo un ruido sordo i prolongado
que infundia pavor; los relámpagos brí-
llaban de cuando en cuando iluminando co-

mo una antorcha éste espectáculo imponente; el Mapocho, tan manso i estéril de ordinario, hacia vacilar algunos de los puentes lijeros que lo atraviesan.

La oscuridad era tan profunda que, como suele decirse, no se veian ni las manos.

En una palabra, la noche que nos ocupa era una de aquellas que nos pinta Zorrilla en sus leyendas: lóbrega, tempestuosa, horripilante.

Apénas se oia en largos intervalos el paso de algun caballo de los infelices serenos que tiritando i maldiciendo su suerte, recorria la ciudad desierta.

Los policiales de a pié buscaban con afán las casas de grandes aleros, para resguardarse de esa especie de diluvio que, al decir de unos de ellos, los tenia *hechos sopas*.

Se comprende que una noche como la que prescribimos, i a la una de la madrugada, no hubiera nadie dispuesto a aban-

donar su espléndido i modesto lecho por ningun motivo.

Por eso el lector no habria visto sin curiosidad abrirse una pequeña puerta de un miserable rancho, situado en lo que ahora forma la entrada de la *Avenida de la Republica*, para dar paso a un individuo a quien era imposible distinguir al traves de la oscuridad indescriptible de la noche.

Solo sí, cualquiera habria asegurado que únicamente una causa mui poderosa podria obligar a esa persona a salir a la calle en esa noche, a esa hora i en ese barrio solitario i apartado.

El lector, de seguro, habria hecho lo que hizo el que escribe estas líneas: habria seguido a ese personaje extraño. Como yo tambien, habria aprovechado el lijero i vivo resplandor del relámpago para echar sobre él una mirada curiosa, investigadora, profunda i habria visto con no poca sorpresa

que el que llamaba su atención era un hombre joven, a juzgar por su esbelto cuerpo i su marcha rápida i segura, envuelto en una larga capa i protegido contra la lluvia por un paraguas.

Esto era todo lo que podia distinguirse, i si bien no bastaba a satisfacer una mediana curiosidad, basta al ménos para asegurar, con probabilidades de éxito, que no debia ser habitante del rancho de donde acababa de salir.

Pero ¿quién era ese joven? qué motivo le hacia descender hasta aquella miserable mansion? Seria acaso una aventura de amor? Seria, por el contrario, alguna intriga criminal?

Mui fácil era perderse en conjeturas; mui difícil encontrar una solución a tantas preguntas. Así lo comprendimos nosotros, i para salir de nuestras dudas, resolvimos seguirlo a alguna distancia.

No habíamos andado muchas cuadras, cuando lo vimos detenerse a la puerta del Hotel de Europa, situado en la Alameda entre la calle del Peumo i la de los Teatinos, empujarla suavemente i entrar resuelto como quien sabe el camino.

En el fondo del primer patio i al lado izquierdo podia verse, al traves del postigo no bien cerrado de una ventana, una luz débil.

El recién llegado se detuvo junto a la puerta de la habitacion cuya era la ventana i aplicó la vista al interior.

En el centro del aposento. i apoyados los codos sobre una mesa i la cabeza sobre las manos, se veia un jóven que parecia dominado profundamente por alguna idea tenaz, a juzgar por su actitud en extremo meditabunda.

Nuestro desconocido golpeó suavemente la puerta; pero sin que el de adentro ma-

nifestara que habia oido el golpe. Esperó un instante i repitió con mas fuerza el llamado. Entónces el que ocupaba la habitacion, volvió la cabeza como para cerciorarse de si era efectivo el ruido que sintiera.

—Abre, abre, Ricardo, dijo entónces el de afuera a media voz, que la noche no está para plantones.

El jóven abrió la puerta en el acto.

—Tú, Cárlos! exclamó al verle entrar.

—Ya lo ves. No me esperabas, no es verdad?

—En una noche como ésta.... a esta hora.... en esta circunstancia.... francamente, me parece mui estraña tu visita.

—En efecto, es estraña. Pasaba por aqui casualmente i se me ocurrió que podias estar despierto. I deseaba descansar un ra-

to porque he hecho una jornada regular; vi la puerta entreabierta i entré.

Quizá el pobre Pedro, temiendo que algun alojado tuviera la humorada de recogerse tarde la dejó así para no tener que levantarse a abrirla; porque ya lo ves, la noche está de guardar cama, i tanto, que no deja de estrañarme verte en pié a estas horas.

—Oh! Si supieras.... no hai duda.... hai Providencia.

—I lo dudaste alguna vez, Ricardo?

—Lo dudé muchas veces, amigo mio i ahora ya no lo dudaba, lo negaba afirmativamente.

—A los veintiocho años!....

—Cuando se ha llevado una vida como la mia; cuando uno no ha encontrado otra cosa en su camino que dolor i desengaños; cuando ha visto marchitarse hoja por hoja

la flor de la esperanza; cuando vé estrellarse sus jenerosos esfuerzos contra la frialdad de los unos, la perfidia de los otros, el egoismo de todos, entónces, amigo mio, veintiocho años de existencia son mas que suficientes para dudar de todo, de todo, hasta de Dios!

—Exajeras tus sufrimientos! Comprendo perfectamente la causa que te hace ver todo oscuro i sombrío; pero me parecia que tu razon era bastante fuerte para distinguir lo fantástico de lo real. Esa cruel enfermedad que te aqueja, produce siempre una melancolía profunda, un odio a la vida, un hastío que nada basta a calmar. Pero, si tú reflexionas un poco; si meditas un instante, si comparas, Ricardo, las penas tuyas con las de otros, aun de entre tus amigos, verás que no eres tú por cierto el que ha tenido el peor lugar en este *banquete* de la vida. Es preciso que te convenzas de que este mundo no es mas que un inmenso

hospital i que tú estás mui distante de ser el que sufre la enfermedad mas cruel i dolorosa.

—Exajerar! tú ignoras la triste historia de mi vida pasada; tú no comprendes lo que he tenido que sufrir durante estos últimos cuatro años, no sabes hasta qué punto me han hecho desgraciado los contratiempos sin número que han llovido sobre mí i atribuyes al estado de mi salud lo que por desgracia es mui efectivo.

—Te conozco bastante, Ricardo, i conozco bastante tambien lo que es dolor para equivocarme en mis juicios.

—Voi a manifestarte la resolución que tenia tomada i que indudablemente habria puesto en ejecucion si tu llegada providencial no me hubiera hecho cambiar de ideas, i verás que solo desgracias mui positivas pudieran inspirarme semejante resolución.

I al decir estas palabras, entregó a Cár-

los un papel escrito diciéndole que lo leyera.

Miéntras que el jóven se ocupa de esta lectura, séanos permitido poner al lector en relacion con los dos personajes a quienes ha oido hablar sin conocer todavía.

Ricardo era un jóven de 28 a 30 años: alto, delgado, enjuto. Su color era moreno, ese moreno tostado que jeneralmente es producido por el sol, las faenas del campo.

Su rostro surcado por profundas arrugas, sus mejillas hundidas, su mirada vaga, a menudo distraida, manifestaban a primera vista que el dolor i las enfermedades habian impreso en él las huellas indelebles de su paso. Ninguna de sus facciones tomadas en detalle podrian haber servido de modelo a un pintor. Sinembargo, era difícil verlo sin sentir hácia él una estraña simpatía. Era uno de esos hombres que inspiran confianza a primera vista i de quienes puede

asegurarse que nunca han de engañar.

Cárlos era un tipo mui distinto. Su estatura regular, bien formado. Su color moreno tambien, pero moreno pálido, suave, limpio; sus grandes ojos negros, sombreados por largas i finas pestañas, tenian una espresion indefinible de dulzura, de melancolia, de tristeza. Su frente ancha, despejada, protuberante revelaba al hombre de inteligencia i de estudio. Su boca era pequeña, sus labios finos; cubiertos por un largo i sedoso bigote. Su fisonomia era la de un hombre de 30 a 32 años.

Ricardo inspiraba simpatías, amistad; Cárlos inspiraba ternura, amor.

Eran dos tipos distintos, como ya le hemos dicho, pero que tenian algo de comun. Talvez ese algo que se debe al alma, al corazon, ese algo que nadie puede explicar i que todos comprenden sin embargo; ese algo, en una palabra, que atrae o

que rechaza, que inspira afecto o aversión.

Aunque se conocían solo de dos años atrás, reinaba entre ellos esa dulce i respetuosa confianza que hace sólidas i verdaderas las amistades.

Jamas se habían interrogado sobre su pasado i no conocía uno de la vida del otro sino los sucesos desarrollados despues de haber entrado en relaciones.

—I era ésta, preguntó Cárlos, cuando hubo terminado la lectura del papel, que colocó tranquilamente sobre la mesa, era ésta tu última resolución?

—La última, querido Cárlos. Te parece estraña, ¿no es verdad?

—Me parece indigna de un hombre que comprende sus deberes i absurda en un jóven como tú.

—Pues bien! Hasta aquí, yo había pensado lo mismo; pero los sucesos se enca-

denan de tal manera, los acontecimientos le arrastran a uno de tal modo que necesariamente se va a parar ahí.

Voi a explicarte con franqueza la causa de lo que tú llamas una resolucion indigna; voi a referirte la historia de mi vida, corta, pero dolorosa, sin omitir ningun detalle; i despues, cuando haya concluido, serás tú mismo el que juzgues si me quedaba ya otro camino.

—I yo me comprometo a que, juzgándote tú mismo, califiques tu conducta de una manera mas acre aun de lo que yo lo he hecho.

—Mi vida ha sido una continua contrariedad, una lucha incesante entre mis mas ardientes aspiraciones i mis mas sagrados deberes, un combate desesperado entre mi corazon i mi cabeza. Yo me he visto fatalmente condenado a no sentir o a no pensar. Para que comprendas hasta qué

punto he tenido que violentar mis aspiraciones, mi naturaleza, mi ser, en fin, para dedicarme a lo que me ves dedicado ahora, al comercio, es indispensable que te refiera mi vida desde mi infancia, desde esa época cuyo solo recuerdo me consuela, porque es la única en que no he sido desgraciado.

A la edad de 14 años era yo talvez el primer alumno del colejio. Obtuve todos los primeros premios de mis clases.

Mis composiciones eran tan aplaudidas, que mas de una vez el rector me llamó a su pieza para preguntarme si realmente eran mias.

—Oh! me repetia a menudo, a su edad es imposible escribir esto!

I sinembargo, yo notaba que empleaba la cuarta parte del tiempo que dedicaban a ello mis otros compañeros.

Mi memoria era prodijiosa. Yo estudiaba mis lecciones al entrar en la clase i siempre era el que mejor la sabia.

Mis gustos eran todos delicados i poéticos. Yo amaba la música con verdadero delirio. Recuerdo que cuando oia el órgano o armonium de la capilla adonde diariamente asistíamos a misa, me arrobaba, me extasiaba.

Otra de mis pasiones era la lectura. Cada vez que leia algun libro bien escrito, me consideraba tan feliz que llegaba a tener lástima a aquéllos de mis condiscípulos que empleaban su tiempo en jugar.

Gracias a mi buena memoria, siempre podia consagrar bastante tiempo a la lectura i así, en la edad en que jeneralmente no se conocen, ni de nombre, los grandes escritores, yo habia leido algo de cada uno de ellos.

Para que te formes idea de mi entusias-

mo i contraccion por la lectura, me bastará decirte que me propuse leer en italiano la Divina Comedia i lo conseguí. Me proporcioné una buena traduccion castellana i con el ausilio del latin i del frances, que poseia regularmente, encontraba siempre la palabra española que necesitaba i la escribia sobre la voz italiana. Con estas anotaciones leia el testo italiano sin consultar la traduccion i poco a poco fui reteniendo las voces hasta que ya podia tomar una edicion cualquiera i traducirla correctamente.

Durante el tiempo de vacaciones, no me consagré jamas a aquellas diversiones que por lo jeneral llaman la atencion de los niños.

Me levantaba siempre muy temprano, i me iba con un libro a algunos de esos bosques inmensos que hai en la hacienda del Buen Retiro. En medio de esa naturaleza vigorosa, espléndida, soberbia, leia conten-

tó o escribía inspirado.

Conservo algunas poesías de esos dulces tiempos que me llenan de tristeza cada vez que las leo. Ahora con 12 o 14 años mas no me siento capaz de escribir lo mismo.. ..Dispensa, Cárlos, que entre en estos detalles que tú llamarás pueriles i que a cualquier otro les parecerian llenos de arrogante pretension; pero tú me concces i sabes que no es la vanidad lo que me impulsa a hablarte de este modo, Te pinto ese periodo de mi vida con entera verdad para que puedas juzgar mejor lo que he tenido que sufrir despues.

A los diez i seis años habia yo concluido las humanidades i me pude dedicar con todo el entusiasmo de mi alma, al estudio de la música i de la pintura i al cultivo de la poesia. Dos años pasé de esta manera, feliz como nadie en la tierra, sin tener que preocuparme de nada porque mis padres eran ricos, sin imaginarse que algun dia

podia necesitar del mundo, del mundo a quien yo consideraba entónces como un hermoso conjunto de séres dotados de las mismas ideas que yo, de la misma nobleza, del mismo sentimiento.

Me imaginaba que bastaria que supieran que yo, poeta de corazon, necesitaba ocuparme de algo para que todos se apresurasen a prevenir mis necesidades.

Mi padre, como debes suponerlo, tenia numerosos amigos que alababan siempre con entusiasmo la belleza de mi alma de artista i que ponderaban, a cual mas, las excelentes dotes con que Dios me habia adornado.

—Oh! Si alguna vez, me decia yo, tuviera que ocupar a estos caballeros, con qué gusto me servirian!

Tal era mi sencillez, tal mi manera de juzgar el mundo.

Un dia mi padre me llamó a su cuarto

con cierta gravedad que me extrañó.

—Hijo mio, me dijo, mis negocios no andan bien. He afianzado a muchos que no han hecho otra cosa que esplotarme i que amenazan llevarme a una ruina segura. De mi pasada fortuna solo me resta la casa de comercio de Valparaiso i el establecimiento de minas de San Estévan. I estoi viejo i no puedo atender sino medianamente la casa de Valparaiso. Por consiguiente, se hace indispensable que tú abandones tus estudios, que de nada te servirán para vivir, i te vayas a hacer cargo del establecimiento de San Estévan. En tres dias mas debes ir allá con ese objeto. La familia necesita de tu trabajo.

Oh! jamas podrás comprender la impresion que produjeron en mi ánimo las palabras de mi padre!

Ese laconismo mercantil, ese lenguaje descarnado, esa lójica inflexible, esa última palabra, sobre todo, me volvia loco.

Tener que dedicarme a las minas, yo que no sabia mas que hacer versos i tocar el violin! Me pareció que no habia en el mundo un ser mas desgraciado, i cuando pensaba que no podia escusarme de trabajar porque la familia necesitaba de mi trabajo, llegué a creer que no podria resistir al dolor.

El primer golpe que uno recibe en la vida es terrible, cruel, matador, i ¡ai! yo que jamas sospeché que el mundo fuera un valle de lágrimas!....

Carlos al escuchar estas palabras se pasó la mano por la frente con una señal indefinible de melancolía. Parecia como querer borrar algun recuerdo que le asaltaba a su despecho.

—Oh! ¡Si! exclamó con vehemencia, el primer golpe asesina!....

—Pasaron los tres dias, continuó Ricardo, i yo me puse en marcha para San Esté-

van. Comencé a dirigir un negocio que desconocia completamente. Me entregué a manos de usureros, de ladrones, de miserables, que me explotaron del modo mas escandaloso que es posible imaginar. Me robaba el mayordomo, me robaba el dependiente, me robaban los empleados, me robaban todos aquéllos con quienes entraba en relaciones.

Muchas veces, algunos de esos infames, conociendo demasiado mi corazon, me invitaba a su casa, o alguna tertulia i cuando los salones estaban llenos de jente, cuando la música, mi embeleso de siempre, era mas agradable, cuando entusiasmado, entablaba dulces conversaciones con alguna niña intelijente o hermosa, se acercaba a mi, me llamaba i me proponia algun negocio.

En esos momentos yo aceptaba todo, prometia todo, firmaba todo.

De esta manera, el primer año me encontré con una pérdida de 12 mil pesos. Esto me abatió increíblemente.

Por otra parte, fué en esa época pocas o ménos cuando contraí la terrible enfermedad que me aqueja i que arruinó mi salud i entristecié de tal manera mi espíritu que desde entónces no tuve gusto para nada.

Abandoné hasta la lectura porque me parecia un crimen dedicarme a otra cosa que a ese negocio maldito que administraba.

Cerca de San Estévan tenia un establecimiento del mismo jénero un caballero a quien mi padre habia habilitado en otro tiempo i dueño ya de una buena fortuna. Este caballero tenia una hija de 16 años, hermosa, espiritual i simpática. No te será difícil comprender que visitando yo con alguna frecuencia la casa, caí en la tentacion de enamorarme de esa jóven.

Su padre, que me consideraba rico, léjos de oponerse a nuestros amores se complacía en fomentarlos i en sacar de él todo el partido posible. ¡Cuántos negocios leoninos me propuso i me hizo aceptar en su casa!....

Fuí correspondido, es decir, tuve la debilidad de creer que los juramentos de la hija de un usurero eran sentidos. Pero muy pronto comprendí que aquella alma era tan seca i tan fria como la del infame padre.

Mis negocios iban cada dia peor. Para conseguir algun dinero fué menester hipotecar el establecimiento. El cobre sufrió una baja inmensa; las minas comenzaron a broncearse; en una palabra, i para decirlo todo una vez, llegó un dia en que las deudas nos ahogaron i el acreedor hipotecario se echó sobre su hipoteca.

El golpe fué terrible para mi. Enfermo de cuerpo i alma, con el ánimo abatido por

La idea de ser yo la causa de la ruina de mi familia i obligado a separarme de la mujer a quien amaba con todo el entusiasmo de la juventud, sentí que me abandonaban las fuerzas i que me era imposible soportar el peso de la vida.

La idea del suicidio me ocurrió entonces por primera vez; pero mis sentimientos relijiosos la rechazaron como impía.

Me trasladé a Valparaiso; pero antes quise despedirme del ángel de mis sueños.

Me recibieron en esa casa con una frialdad que me desesperó; ella no tuvo ni una palabra para mi; ni un consuelo para mi dolor.

Comprendí entonces que nada podía esperar de aquella mujer i le dije que el cambio de fortuna que yo habia experimentado rompian los vinculos sagrados que nos unian; que ella quedaba enteramente libre

aun cuando por mi parte me consideraria siempre ligado al cumplimiento de mi palabra.

Me imaginé que estas insultantes expresiones podrian herir su alma i sublevar su dignidad. Ah! cuánto me engañaba!

—Yo lo amaria toda mi vida, me contestó ella con mal finjido cariño; pero mi papá es tan exigente que me veria obligada a ocultar mis sentimientos i talvez convi-

—No hai duda, le repliqué indignado; su papá se disgustaria de nuestros amores i una hija como Ud. no debe disgustar a sus padres.

Abandoné esa casa i ese lugar con el alma despedazada. Allí quedaban sepultados junto con mi fortuna, las mas bellas ilusiones del corazon.

En Valparaiso me esperaban nuevos infortunios. Nuestra casa iba allí mal. Los

négocios se desmoronaban poco a poco i mi padre no tenia ni la edad ni la mala fé necesaria para el comercio.

Por mi parte, yo me sentia cada vez mas abatido. Mi enfermedad aumentaba por grados. Mi corazon no abrigaba ilusion por nada ni por nadie. Todos me parecian traidores i detestaba a cuantos veia.

Al cabo de algun tiempo, los achaques de la edad impidieron a mi padre continuar al frente del negocio i se vió obligado a encargarme su direccion.

—Es nuestro último recurso, me dijo, i lo pongo en tus manos.

I qué podria hacer yo sin relaciones, sin conocimientos especiales, sin entusiasmo?

Esclavo de mi deber, trabajé mucho, dia i noche, sin descanso, sin permitirme ni el mas inocente pasatiempo.

¡Cuánto sufría viendo que nuestros bie-

nes marchaban con rapidez a su ruina, ruina que yo era impotente para impedir i de la cual sin embargo me juzgaba el único responsable!

El hambre, amigo mio, el hambre golpeó a nuestras puertas i mi pobre familia, acostumbrada a las comodidades del lujo, se vió obligada a conocer de cerca las crueldades de la miseria.

El último balance, es decir, el del mes de mayo arrojaba un *déficit* de 9,800 pesos.

Para salvarlo se hizo indispensable que yo viniera a Santiago a vender una casa que nos quedaba en ésta i que la considerábamos como nuestra tabla de salvacion.

Esa casa producía 2,000 pesos anuales de arriendo i yo esperaba sacar 20,000 de la venta.

Después de un mes de inútiles afanes solo he conseguido 15,000. Es decir, pagando

la deuda, me vienen a quedar 5,000 para trabajar.

Viendo ya todas las puertas cerradas, agotado el último recurso, acusado talvez como autor de la ruina de mi familia, explotado por todo el mundo, abatido por la desgracia, destruido por la enfermedad, ¿para qué vivir? Continuaré siempre arrastrando en mi caída a las únicas personas que me tienen afecto sincero?

Nó! Yo creí indispensable morir para que ellas fueran felices i, tomada esta resolución, escribí a mi padre la carta que has leído.

Cuando la fatalidad ha descargado sobre uno sus mas terribles golpes no queda otro recurso que el suicidio.

—El suicidio, Ricardo, es el recurso de los cobardes i de los hombres sin fé, i sin conciencia.

Si abandonas para siempre a tu familia; te imaginas que vendrá un extraño a reemplazarte?

Tú crees que hai mucha firmeza, talvez abnegacion en el partido que habias tomado i en él no hai otra cosa que una injustificable debilidad i un egoismo mas injustificable aun.

En pos de tí quedaba para tu madre i tus hermanas el dolor, i la miseria; pero eso ¿qué podia importarte cuando tú no lo veias?

—Talvez tienes razon: pero he sido tan desgraciado!....

—Tan desgraciado porque no has podido seguir con entera libertad tus inclinaciones, porque fuiste victima temprana de una mujer sin corazon que mas tarde habria sido tu eterno tormento, porque en vez del lujo i de la opulencia te has visto reducido a una decente mediania!....

Así es el hombre. ¡Siempre mira al vecino de adelante, nunca al de atrás. Tú te consideras mui desgraciado porque ves otros mas felices; pero no reflexionas en que hai muchos que, tan dignos como tú, buscarian tus penas para sus alegrías....

—Se puede ser mas desgraciado aun?

—Ah!....Quieres que ponga a tu vista dos seres que envidiarían tu fortuna?

—¿Quiénes? ¡por Dios!

—Ponte tu sombrero i acompáñame.

Cárlos pronunció estas palabras con una espresion tan convencida que nadie habria dudado que cumpliria su promesa.

Ricardo tomó en efecto su sombrero i ámbos salieron en direccion al poniente.

La lluvia caia siempre con fuerza i un viento norte helado i penetrante hacia tiritar de frio a los dos jóvenes que a esas

altás horas de la noche se atrevían a desafiar la tempestad.

—Qué noche por Dios! exclamó Ricardo

—Imponente, en verdad, replicó Cárlos, para los que, como nosotros, la contemplan protegidos contra la lluvia i contra el frio; pero terrible para aquellos infelices que no tienen un hogar donde albergarse ni lumbre para calentar sus miembros entumecidos.

—Talvez en su pobreza ellos son mas felices que nosotros.

—Felices! Crees tú que èse pobre policial por ejemplo que tiritaba en aquella esquina, se vé obligado a velar toda la noche mientras tú i yo dormimos, que recibe indefenso la lluvia mas copiosa al paso que nosotros calzamos nuestras cómodas botas i nos resguardamos con nuestros ricos paraguas, que come mal i viste peor, sea mas dichoso que tú?

—Quién sabe! murmuró Ricardo.

I continuaron su marcha hasta detenerse frente al pajizo rancho de donde ha visto el lector salir a Cárlos algun tiempo ántes.

El jóven empujó suavemente la puerta débil de aquella vivienda i entró seguido de Ricardo.

Una luz pálida alumbraba la humilde morada. Con esa claridad podia distinguir apénas en uno de los rincones, una mujer tendida sobre una especie de jergon hecho pedazos. Junto a ella se veian dos creaturas de 4 a 5 años de edad acostadas sobre un lecho igual. El único cobertor que abrigaba a esos infelices era un largo poncho viejo i raído.

Fuera de lo que hemos enumerado, no habia en aquel rancho absolutamente nada.

Los niños parecian dormir. La mujer, se habia incorporado al ver entrar a nuestros jóvenes.

—¡Ah! ¿Es Ud., señor? exclamó dirijiéndose a Cárlos.

—Yo, buena mujer, respondió éste. He querido venir con este amigo que, interesado por su suerte me manifestó deseos de conocer su habitacion.

—Gracias, señor, muchas gracias, mi habitacion solo puede inspirar repugnancia. Se necesita ser demasiado caritativo para llegar hasta aquí. ¡Oh tú, Dios mio, que no abandonas jamas ni a la mas humilde de tus creaturas, bendito seas!

Ricardo estaba conmovido, inmóvil ante aquel espectáculo doloroso i miserable i no podia reconocer, sin humillarse, que aquella mujer, en medio de la espantosa miseria que le rodeaba, tenia una alma mas grande que la suya.

Resignada ante la suerte, daba gracias a Dios que le habia enviado a los jóvenes que tenia delante como un consuelo i una esperanza en su dolor.

—¿I ¿ha podido conciliar el sueño desde que la dejé? preguntó Cárlos.

—He dormitado, señor, contestó ella. Hacia tres dias que no cerraba los ojos, la debilidad i el hambre me lo impedian; pero hoi me he sentido mas fuerte con esa buena tazá de dieta que me trajo la señora que vino hoi a verme.

—¿I sus hijitos?

—Los pobrecitos duermen tranquilos. Han comido hoi lo suficiente. Ellos no tienen como yo el pensamiento cruel de su mañana tan triste como hoi, ni tienen tampoco la responsabilidad que pesa sobre mí. Conocen el hambre i el frio; pero no conocen el dolor que debilita mas que el hambre i que entumece mas que el frio.... I en medio de su miseria ¿no ha dudado Ud. alguna vez de Dios? exclamó Cárlos fijando al propio tiempo una mirada significativa a su amigo que, silencioso i meditabundo, no habia quitado la vista de aquella mujer.

—¡Dudar de Dios! señor, contestó ésta llena de asombro. ¿I es posible que Ud. me haya creído capaz de dudar de él?

—Cuando uno ha sufrido tanto!... murmuró Ricardo, como hablando consigo mismo.

—Señor, los otros los desheredados de la fortuna, los que vivimos de la caridad de nuestros semejantes, los que comemos el pan de la limosna tenemos siempre fija nuestra esperanza en Dios.

El es nuestro único amparo, nuestro único consuelo; él no nos abandona jamas.

Cuando todas las puertas se cierran, nos abre sus brazos, nos muestra la recompensa destinada a los que sufren, a los que lloran i alientan nuestra fé i remueve nuestra esperanza. Oh! Dudar de tí, Dios mio, cuando eres nuestro padre, nuestro bienhechor ¡Imposible, imposible!

—Sí! Sí! Es verdad! exclamó Ricardo

— como queriendo hacer olvidar sus anteriores palabras.

— Procure Ud. conciliar el sueño, dijo Carlos dirigiéndose a la mujer. Nosotros vendremos mañana a saber cómo se encuentra.

— ¿I bien? preguntó Ricardo al oído de su compañero, ¿no le dejamos algún dinero a esta infeliz?

— Nuestro dinero le sería inútil, respondió Carlos, porque ella no puede servirse de él. Mañana le traeremos un médico, una cama i todo aquello que necesita i ademas vendrá una mujer a asistirla.

I volviéndose a la enferma, agregó:

— Con que, ¡hasta mañana!

— ¡Dios los bendiga, señor! exclamó ésta con voz conmovida.

Apénas hubieron abandonado aquella

miserable habitacion, Ricardo preguntó a su compañero quien era aquella mujer i donde habia aprendido a practicar la caridad de una manera tan desconocida para él.

—Esa mujer, respondió Cárlos, tuvo en otro tiempo alguna comodidad. Fué esposa de un honrado carpintero cuya intelijencia i laboriosidad le permitian hacer frente a todas sus necesidades.

Hace tres años que enviudó i parece que las desgracias i las enfermedades la han reducido a este lamentable estado.

Una señora caritativa, cuya casa visito con alguna frecuencia, pasó esta mañana por aquí i el mayorcito de esos dos niños que viste ahora durmiendo tranquilamente se acercó a ella pidiéndole un pedazo de pan.

—Señorita, lé decia, yo quiero un pedazo de pan bien grande porque mi herma-

niño i mi mamita tienen hambre tambien i no han comido nada.

Conmovida la señora por la bondad i la inocencia que revelaban estas palabras le preguntó donde vivia su madre.

—Aquí, aquí, señora, contestó el niño indicándole la habitacion.

Ella entró, pudo cerciorarse del estado de esta infeliz. Esta noche estuve yo en su casa i me refirió lo acontecido, haciéndome concebir deseos vehementes de conocer a esta pobre mujer i poder serle útil en algo.

Así fué que tan luego como me despedí de la señora, es decir a las doce de la noche mas o ménos, me diriji a este rancho cuyo aspecto i cuyo interior sobre todo solo inspiran compasion i tristeza.

Ahora comprenderás por qué al oírte llamar el ser mas desgraciado del mundo, yo que acababa de salir de aquí, no pude

ménos que traerte a este recinto para que hicieras por tí mismo la comparacion entre desgracia i desgracia.

¿Quieres saber ya donde he aprendido a practicar la caridad? En el Evangelio i en el dolor, amigo mio. Esta es la caridad que nos enseña el Evangelio; éste es el amor al prójimo que nos ordena.

¿Crees tú que uno ha cumplido su misión dando algunas limosnas o lamentando simplemente la suerte de los pobres? Nó, Ricardo! Es menester descender hasta ellos, unificarse con ellos, llorar con ellos. Es preciso visitar al enfermo en su lecho de dolor, enseñarle a amar cuando duda, a orar cuando blasfema, a tener fé cuando vacila. Jesucristo fué pobre, Jesucristo bendijo la pobreza. Nosotros, como él, debemos bendecirla i aliviarla. La caridad practicada de esta manera es el único consuelo de esta vida. Ella es la que corrije nuestros defectos, depura nuestra alma,

domina nuestras pasiones. En presencia del dolor nadie tiene vanidad ni envidia. Siendo caritativo, como el Hijo de Dios nos ha enseñado, nadie puede ser escéptico ni criminal.

—Pero yo no habia pensado jamas en esta verdad...!

—I sin embargo es el dolor el que nos hace pensar en ella.

—Oh! Enséñame a llegar a un resultado tan hermoso i acaso tan consolador!

—Tú me has contado esta misma noche la historia de tu vida. Yo voi a hacer lo propio: voi a contarte la mia aun cuando es una historia que no quisiera recordar i que jamas ha salido de mis labios.

Continuaron silenciosos su camino. Ricardo pensando probablemente en la triste condicion de muchos en el mundo; Cárlos recordando talvez los sucesos de su vida

que a nadie hasta entónces habia referido i que esa noche, en medio de la tempestad del cielo, iba a referir para consolar a un desgraciado i dar un consejo a un amigo.

Cuando llegaron a la habitacion del primero, que ya conccemos, en el Hotel de Europa.

—Voi a cumplirte mi promesa, dijo Carlos.

—Será una prueba de amistad que no olvidaré nunca! replicó Ricardo.

—Tenia yo veintidos años, comenzó el jóven, cuando una tarde de diciembre vi en la Alameda una niña que no parecia contar mas de diez i seis. No sé que secreta simpatía me ligó a esa jóven; pero recuerdo perfectamente que todas las veces que pasé a su lado, mis ojos se encontraron con los suyos. Era una de esas creaturas que llaman la atencion desde la primera vez que se las vé.

Blanca como la castidad, lijeramente sonrosada como el pudor, tenia un cutis fino, suave, limpio como su alma. Sus ojos azules velados por las mas hermosas pestañas respiraban inocencia i virtud. Su mirada era tan pura, tan dulce, tan angelical que elevaba hasta el trono del Señor. Siempre he creido que los ángeles deben mirar como miraba Elena. Largas i abundantes cadenas de cabellos de oro ocultaban la belleza artistica de su torneado cuello. Su sonrisa era tan encantadora, tan poética, tan sublime que muchas veces cuando ella abria sus labios purísimos para sonreir me imaginaba que se abrian las puertas del Eden....

Dispensa, amigo mio, que me complazca haciéndote el retrato de Elena. Está grabado de tal modo en mi corazon que no puedo olvidarlo un solo instante. Yo nunca he comprendido cómo era posible verla sin sentir hácia ella una pasion irresistible,

una especie de culto. Muchas veces al contemplarla traia a mi memoria este bello pensamiento:

Si la fé no me enseñara
Que eres solo creatura
Con una fé ardiente i pura
Como a diosa te adorara.

Indagué donde vivia ese ángel de belleza i de bondad i supe que su casa estaba en la Alameda. Todos los dias pasaba por frente a ella i la veia en la ventana o en la puerta.

Al poco tiempo, se estableció entre Elena i yo una especie de amistad. Yo la saludaba al pasar i ella contestaba con cierta amabilidad mi respetuoso saludo.

En el mes de marzo me hice presentar en su casa. Las ilusiones que respecto de ella me habia yo formado eran mui inferiores á la realidad. Elena era tan intelijente, tan anjelical, tan pura como solo lo sabe Dios en el cielo i yo en la tierra.

A veces he creído que para ella había sido escrita aquella linda estrofa de Campomar:

Que razón tiene mi amor
Cuando mil veces te jura
Que, aunque grande, es tu hermosura
De tus gracias la menor.

Nuestros corazones se comprendieron fácilmente, Yo la amaba con todo el entusiasmo de la juventud, con toda la efusión de mi alma; la amaba como se ama una sola vez en la vida i era correspondido con un amor igual. El mundo me parecía un Eden i no encontraba nadie cuya felicidad pudiera compararse a la mia, como no encontraba tampoco creatura alguna comparable a Elena.

En nuestras conversaciones ella me manifestaba a menudo cierto vago temor por el porvenir.

—Esto no puede durar mucho tiempo, me repetia, somos tan felices!...

—¿I por qué ha de concluir, Elena mia, le replicaba, cuando yo siento que mi amor crece por momentos i cuando estoi convencido de que tú no me has de olvidar nunca i eso es todo lo que necesitamos para ser felices?

—Sí! Pero una felicidad como la nuestra no es propia de este mundo. El porvenir me asusta.

—Desecha esos tristes presentimientos, ángel mio, Dios que nos ha creado el uno para el otro i que, en su infinita bondad, debe complacerse al vernos juntos, no puede separarnos. El nos ha enviado al mundo para amarle i amarnos i no hacemos sino cumplir nuestra mision. El porvenir!... Nada hai mas bello, mas hermoso, mas embriagador. Lo veo estenso, magnífico, sembrado de rosas.

En medio de él estás tú fascinadora,

atrayente, sublime. Los ángeles mismos nos envidian i Dios sonríe al vernos tan felices i amándonos con delirio.

Si la felicidad es el amor ¿quiénes la tendrán mas cumplida que nosotros?

—Oh! Es verdad!... Tus palabras me inspiran confianza. Me amas, i siendo amada por tí, no puedo temer nada. Tú nunca me olvidarás!

¿No es verdad que nunca me olvidarás amor mio?

—¡Olvidarte, Elena, cuando tú eres el alma de mi alma, la vida de mi vida, el ángel de mi esperanza! ¡Olvidarte yo que me siento morir cuando no respiro el aire que respiras; yo a quien fascina tu mirada, a quien enloquece tu sonrisa, a quien sublima tu amor! Ah! Nunca olvida el que ama con delirio, con ese amor inmenso con que yo sé amar. Yo te amaré siempre, yo te amaré eternamente porque tu amor, que es mi alma, es inmortal como ella.

—Gracias, gracias, Cárlos. Tú me haces vivir en otro mundo, tú me haces comprender el cielo. ¡Ah! Si tú pudieras leer en mi corazón verias cuánta gratitud i cuánto amor encierra para tí!

Estas dulces conversaciones concluian por tranquilizarla siempre i por aumentar cada vez mas nuestra pasión.

Una noche, a fines de noviembre, fuimos invitados a un paseo en una hermosa quinta de los alrededores de la ciudad.

Era una de esas noches de luna en que todo es amor i poesía.

Nos encontrábamos en un precioso bosquecillo al traves de cuyos árboles penetraban los rayos de la luna suave i apaciblemente i parecian contemplar con envidia el semblante anjelical de Elena.

La brisa, despues de beber la esencia de las flores de un jardín cercano, venia a esparcir sus perfumes al rededor de nosotros.

como una ofrenda en aras de nuestro amor.

Yo estaba a su lado, estático, embebido, delirante. Me parecía que la naturaleza entera contemplaba con ternura el espectáculo sublime de dos seres que no vivían sino para amarse.

—¡Qué noche tan hermosa, qué luna tan encantadora! exclamó ella con entusiasmo.

—Hermosísima, le contesté, pero no tanto como tú, Elena mía.

—¡Adulador! ¿Verdad es que me amas mucho Carlos?

—Bien sabes, ángel mio, que siento por tí un amor inmenso i ardiente.... Oh! I en este instante mi mente te concibe tan poética, tan ideal, tan sublime como esas fantásticas, inimitables creaciones de los artistas. Apareces ante mis ojos como un ángel de amor i de ventura. Yo no te amo ahora: te adoro, te venero.

—¡Oh, Cárlos! Si supieras cómo siento orgullo al pensar en tu amor! en ese amor que tú sabes pintar de un modo tan elocuente i que yo no sé mas que sentirlo; pero que tú debes comprender en cada una de mis palabras, en cada una de mis miradas. ¡Oh! ¡Amame siempre, Cárlos, ámame siempre como me amas en este instante, como nadie en el mundo puede amar!...

—¡Sí! Te lo juro por tí, dueño mio! No hallarás un hombre que te ame como yo. Lo que tú me has inspirado es delirio, es frenesí, es idolatría. Te digo que te adoro porque esa es la palabra mas espresiva; pero está mui léjos de espresar lo que siento por tí...¿Sucede en tí lo mismo? ¿Me amas como yo te amo? ¿Serás mia siempre?

—¡Sí, Cárlos! Yo no podria olvidarte. Dios ha creado almas con idénticas ideas e idénticas aspiraciones i las nuestras son de esa especie, no lo dudes.

—¡Oh! Háblame siempre como ahora me

hablas! Repíteme que me amas, que me amarás siempre. Acostumbrado a oír que la felicidad es un sueño, que las mujeres no aman u olvidan pronto, conociendo lo que valgo i lo que vales, a veces tengo dudas.... dudas infundadas pero crueles, que me torturan i desesperan.

—¡Qué inmensa felicidad es amar i ser amada! Ser correspondida por tí, ser llamada «tu ángel, tu bien, tu dueño» ¿hai algo en el mundo superior a eso? puede la imaginacion concebir algo semejante?.... Paréceme un sueño; pero un sueño tan dulce, tan embriagador que ruego a Dios que nunca me haga despertar.

—¡Oh! si me exíjes una contestacion inmediata caeré de rodillas a tus piés i te diré que te idolatro, que te adoro, que..... I este lenguaje, el único que encuentro, talvez te parecerá exajerado o impropio. I realmente seria exajerado para otros i es impropio para mí que siento mas de lo que

espreso. Los ángeles concebidos i adornados por la fantasía de los poetas son una sombra de lo que eres tú.

Esa noche pasó; pero los recuerdos dulcísimos no se borrarán jamas de mi memoria.

En medio de los sufrimientos horribles que me han venido despues, he invocado a menudo esos recuerdos para consolarme i en algo han podido mitigar mi pena.

Así pasaba yo la vida. Ni la mas lijera nubecilla oscurecia el porvenir dorado de mi existencia; ni el mas leve dolor enturbiaba mi felicidad. Yo amaba con entusiasmo i era amado de la misma manera ¿qué mas aspira un jóven de veintidos años?

Pronto llegó el aniversario del dia en que yo la conocí. Ese dia que fué la aurora de mi felicidad era mui solemne i mui grato para mi corazon.

Pasamos la noche juntos, en su casa.

Estaba ella mas hermosa que nunca.

A su belleza anjelical habia añadido aquella noche los atractivos de que sabe disponer siempre una niña bonita cuando quiere impresionar mas vivamente al jóven a quien ama.

!Oh! Recuerdo perfectamente como estaba vestida. Un traje blanquísimo como la nieve i lijeramente escotado, adornado con cintas azules realzaba su hermosura.

Prendida en su irreprochable i gracioso peinado tenia una hermosa camelia del mismo color que el vestido.

Al verla me pareció encontrarme frente a frente de una ilusion de amor revestida de la forma de una virjen.

Estuve largo rato contemplándola embebido, i sin atreverme a dirijirla la palabra.

—¿Qué tienes? me preguntó ella con una espresion indefinible de ternura.

—Tengo orgullo, la contesté, de ser amado por el ángel mas puro i mas bello de la tierra.

—Pues, mira, dijo ella con una coqueteria infantil, ahora estoi bonita como dices tú porque quiero grabar en tu memoria el recuerdo de este dia; quiero que no lo olvides nunca porque, agregó suspirando ¡quien sabe si no se repite muchas veces para mi este aniversario!.....

Yo soi supersticioso i ademas Elena pronunció estas palabras con un aire de tristeza que me heló.

—Siempre tienes tú esos presentimientos, le repliqué. ¿No eres feliz ahora, Elena mia?

¿Por qué no gozar entónces del presente sin inquietarnos del porvenir? A mí me dice el corazon que seremos los seres mas dichosos de la tierra.

—Será una locura, si tú quieres; per o

solo puedo tranquilizarme cuando te veo, cuando estás a mi lado, cuando me juras que tu amor será eterno como el mio. ¡Ah! Carlos, te amo de una manera estraña i tus palabras me producen un efecto inexplicable!

—Es que esas palabras nacen de mi corazon, ángel mio, i llegan al tuyo fácilmente; es que tú sabes que te pertenezco mas que a mí mismo i que tu amor llena por completo mi existencia. ¡Mira! Cuando pienso que no pasa un solo instante sin que un recuerdo tuyo me venga a acariciar, que parece que hai un eco errante i dulcísimo que pronuncia sin cesar tu nombre en mis oídos, que mi alma vive intimamente unida a tu alma, he llegado a concebir el pensamiento impío de que a ti i no a Dios debo la vida, la vida que no podría comprender jamas sin las inefables delicias de tu amor.

—Yo sentia tambien en mi corazon una

sed inestinguible de amor que tú solo has podido saciar, porque tú tienes un alma de poeta grande i noble como ninguna; porque tú realizas todas las dulces ilusiones de mi fantasia, porque a tu lado desaparece el mundo i se vive solo en la region de los espíritus.

Tal era su lenguaje, Ricardo, tal su amor!

Habia tanto fuego, tanta dulzura, tanta poesia en las palabras que salian de sus labios que yo la escuchaba estasiado, delirante, loco. No me atrevia a interrumpirla. Me veia pequeño, insignificante junto a ese ángel.

Poco despues se fué a sentar al piano i ejecutó admirablemente una composicion sobre temas de Julieta i Romeo. En seguida cantó con una voz de serafin un bello i tiernisimo romance frances.... ¡ah! cuyas palabras suenan lúgubrementemente en mis oidos:

«Mes jours sont condamnés, je vais quitter la terre.

Il faut vous dire adieu sans espoir de retour... »

Yo, sentado allí a su lado, la oía con indecible placer. Sus notas llegaban a mi oído envueltas en una nube de ilusiones, de mil ideas vagas, inconexas, estrañas; impresiones desconocidas me ajitaban; sentía ensancharse el corazón; una mezcla de melancolía i de ternura arrebatava el alma, un no sé qué indefinible me sumía en una especie de adormecimiento i de delirio; mi espíritu se elevaba hasta Dios i alzaba una plegaria por la felicidad de esa niña que tenía mucho de ideal i de sublime para mí.

Me sentía abrumado bajo el peso de tantas i tan variadas impresiones i me faltaba el aire para respirar. Lo que entónces sentía, lo que pensaba, la trasformacion que se efectuaba en mi alma era una cosa nueva para mí i que en vano trataría de pintar.

No habian pasado quince dias de este suceso, era el 7 de enero, cuando al despedirse ella de mi, en la noche, me dijo estas palabras que produjeron en mi ánimo una impresion dolorosa i estraña:

—No dejes de venir mañana: me siento triste i desearia verte para calmar mi afan.

Esa noche fué terrible para mi. El sueño huia de mis párpados, i los mas negros pensamientos se apoderaban de mi mente.

Mas temprano que de costumbre me diriji en la noche siguiente a casa de Elena. ¡Elena no estaba en el salon!

Lleno de inquietud pregunté por ella i su madre me contestó que se habia sentido bastante mal i habia guardado cama.

En cualquiera otra circunstancia talvez habria tomado este accidente como una cosa pasajera; pero esa vez compren-

di que solo una enfermedad grave podria haberla impedido recibirme.

Ella que sabia cuanto la amaba, que sabia tambien que, invitado especialmente para ir esa noche, su ausencia me hacia sufrir demasiado, no se habria resignado a permanecer en cama sin un motivo mui poderoso.

El momento que allí estuve me pareció interminable. Abandoné mui pronto esa casa con el llanto en los ojos, el dolor en el corazon, la desesperacion en el alma.

En mi amargura, me pareció que no iba a volver a verla, que la noche anterior nos habiamos separado para siempre i que eso no era mas que el principio de una ausencia eterna.

Volví al dia siguiente. Elena continuaba enferma i su enfermedad comenzaba a inquietar a la familia.

Durante ocho dias fuí recibiendo noticias cada vez mas alarmantes.

Renuncio a pintarte el estado de mi ánimo durante esos ocho días de eterno dolor. Había cambiado completamente. Yo no probaba alimento, ni dormía, ni hablaba; no sabía sino estar silencioso i triste.

El noveno día, como a las dos de la tarde, encontré a su madre llorando.

—¿Qué ha sucedido por Dios? pregunté con una ansiedad horrible.

—¡Mi hija se muere! exclamó la señora.

—¡Se muere!.....repetí yo maquinalmente i caí desvanecido de dolor i desesperación.

Ah! Yo no había pensado nunca en que Elena podía morirse....

No sé cuanto tiempo permanecí en aquel estado.

Cuando volví en mí, todas las personas de la casa lloraban.

Acababa de salir el médico de cabecera i habia pronunciado esas terribles palabras que llenan de espanto:

—La ciencia nada puede contra su mal. ¡Es tiempo de encomendar el alma a Dios!

Desesperado, quise precipitarme a la habitacion de Elena; pero su madre bañada en lágrimas me decia:

—Si Ud. entra, la impresion agravará su enfermedad!

Yo me volvia loco. Mi cabeza ardia i un sudor frio bañaba todo mi cuerpo.

—Un confesor! un confesor! gritó la madre i yo sin saber lo que hacia, salí corriendo en direccion al colejio de jesuitas.

Entré como un desesperado i ví en uno de los ángulos del patio a un anciano venerable que leia su breviario.

—Señor, señor! le dije, Elena se muere i necesita un confesor.

La espresion de mi semblante debió ser mui extraordinaria porque sin preguntar mas, ese anciano salió conmigo tal como estaba i abrazándome con ternura,

—Tenga confianza en Dios, hijo mio, me contestó. El no abandona jamás a los que sufren.

—Esa jóven, me preguntó poco despues, no es parienta de Ud., ¿no es verdad?

—Ese ángel, le repliqué, es mi vida, es mi alma i se muere sin que yo le dé el último adios!

—La verá Ud., hijo mio, agregó con un acento de dolor i de ternura: la verá Ud. aunque sea solo para darle ese último adios!

Inmediatamente que llegó se dirijió a la habitacion de Elena. La confesion de esta virjen fué mui corta. Mas que una confesion, debió ser una plegaria que su alma pura elevó a Dios.

Quando el anciano salió de la habitación, yo estaba ahí esperándolo, desatentado, demente, muerto.

—Señora, dijo dirigiéndose a la madre de Elena, en nombre de su hija que agoniza, yo le pido que permita a este joven llegar hasta su presencia.

—¡Oh señor! exclamó ella, esa impresion puede....

—Será la última que reciba, replicó el sacerdote porque ya va a entregar su alma a Dios.

Yo me precipité sin esperar mas.

La señora quiso detenerme; pero el ministro del Señor la contuvo.

—Déjelo entrar, señora, agregó. Esas dos almas puras recibirán al despedirse de este mundo la bendicion de Dios....

¡Allí estaba Elena! Recostada en su le-

cho, pálida, desfigurada, triste, semejaba la imájen de la melancolía.

Cuando me vió entrar, sus hermosos ojos, ya hundidos, parecieron animarse un tanto. Me dirigió una mirada, impregnada de amor i de ternura.

Yo caí arrodillado a sus piés, llorando como un niño. Tomé una de sus manos i la cubria de besos i de lágrimas. Sollozaba sin poder articular una palabra i la miraba mil veces como dudando de lo que veía.

—¿Por qué lloras? me interrogó ella con una voz entrecortada. Ese anciano me ha asegurado que nuestra separacion será mui corta, i que siendo nuestro amor tan puro, Dios que es el mejor de los padres, nos unirá pronto i para siempre allá en el cielo.

—Elena, Elena mia, le contesté pugnando inútilmente por sujetar mis lágrimas, ¿por qué me abandonas tan pronto? ¿por qué

no quieres acompañarme mas tiempo?... Ah! si supieras cuanto he sufrido, cuanto he llorado... Ah!... ¿Por qué me abandonas? No eres tú mia, como yo soi tuyo? Te has convencido de que soi indigno de tí i que no puedes amarme?

—Cárlos, te amo, te adoro como nunca. Nó, no te abandono como tú crees. Me despido de tí para volverte a ver pronto i no separarnos jamas.

—Nó, tú no me dejarás. ¿Te acuerdas de la última noche que pasamos juntos? Te pregunté si me amabas, i tú ¡ah! con esa voz pura suavísima, con esa voz de ángel, con esa voz pura que llega hasta el alma, me respondiste: te adoro! Elena, Elena mia, mis oidos te escuchaban, mi corazon te bendecia; pero mis labios permanecian mudos, sí, mudos de amor i de felicidad. Pues bien! esa felicidad es el cielo. Yo no lo comprendo de otra manera ni tú puedes comprenderlo tampoco. ¿Por qué me dejas

entonces para ir a buscarlo? Nó, yo no quiero que te vayas, tú no te irás.

—Los juicios de Dios, Cárlos, son incomprendibles i adorables. El lo dispone así: bendigamos su voluntad!.....Mira, este anillo lo llevo desde hace cuatro años: quiero colocarlo yo mismo en tus manos como un recuerdo de despedida.

Ahora, agregó, voi a manifestarte mi última voluntad ¿la cumplirás, no es verdad?

—Me lo preguntas!....

—El camino de la vida es largo i penoso. Yo quiero que tú no lo recorras solo. Antes de cumplir treinta años debes buscar una mujer a quien darle el titulo de esposa.

—Acércate un poco mas, balbució despues.

Sus ojos ya no ardian. Una lágrima parecia querer desprenderse de ellos. Estaba tan triste que cualquiera la habria tomado

por la virgen de los recuerdos....

Sentí que me llamaba con una voz dulce i cariñosa; oí que pronunciaba mi nombre con ternura i..... ¡ai! yo no podía responder!.....

Me encontraba fuera de mí, mi voz se ahogaba en la garganta i no llegaba hasta ella. Apretó suavemente mi mano.

—Cárlos...Cárlos, murmuró, te amo... adios!

Clavó los ojos como si hubiera escuchado el sonido de alguna música celestial... su alma habia volado al cielo!.....

Entonces....ah! entonces....yo no sé lo que senti.

Lancé un grito horrible, estridente, mortal i perdi el conocimiento.

—Muerta!...muerta!...Ricardo...

Cárlos habia pronunciado las últimas palabras con desesperacion. Su voz temblaba

i a cada instante se veia obligado a detenerse para enjugar sus lágrimas, para respirar.

Ricardo que comprendia cuán dolorosos eran para su amigo esos tristes recuerdos i que veia el combate cruel que sostenia el amor i la enerjia de Carlos.

—No quieras ocultar tu llanto, amigo mio, le dijo. La enerjia consiste en luchar contra las adversidades de la vida; pero no en aparentar una insensibilidad imposible en una alma ardiente i elevada. Lloras, sí! Te encuentras al lado de un hombre que comprende tu dolor i que llora contigo.

—¡Oh Ricardo! exclamó el jóven. A los veintitres años me encontraba junto al cadáver de mi primer amor!.....

Un profundo silencio siguió a estas palabras. Carlos habia tenido razon, cuando momentos ántes interrumpió a Ricardo: «¡oh! el primer golpe asesina.»

Sí! I el primer golpe como el primer amor, no puede olvidarse nunca.

Ambos dejan una herida siempre abierta, manando siempre sangre, aquella sangre que sale del corazon para inundar los ojos i que toma el nombre de lágrimas!

—Hai ciertos dolores en la vida, continuó Cárlos conmovido, de los cuales no puede uno darse cuenta i a los que es imposible resignarse. Yo habria presenciado los últimos momentos de Elena, estaba ahí, la habia visto morir, la veia muerta, i todo me parecia un sueño, una pesadilla horrible i abria los ojos i movia la cabeza para despertar.

No quise abandonarle un instante. Permanecí arrodillado a sus piés las veinticuatro horas que duró la velacion, mudo, inmóvil, absorto. Todos respetaban mi dolor, i nadie se atrevió a interrumpirme.

Y estaba resuelto a impedir que la ente-

rraran i tengo la conviccion de que si hubiera visto el féretro que destinaban a su cadáver, lo habria hecho pedazos en mi desesperacion.

Ah! Pero me sucedió una cosa tan providencial, que despues no he podido esplicármelo sino como un milagro operado por ese ángel.

Me vino una especie de enajenación mental, una especie de delirio o de ensueño.

Talvez la fatiga, el dolor o las exigencias de la naturaleza me sumieron en un adormecimiento incomprensible.

Ignoro si cerré los ojos, pero si recuerdo que nada vi, nada oí de lo que pasó en aquella habitacion.

Me pareció que la veia vestida de blanco, hermosa como la esperanza i melancólica como el recuerdo. Una música que semejaba una orquesta de los ángeles elevaba mi espíritu hasta Dios. Elena estaba

en medio de un hermoso grupo de virjenes tan puras como ella, que entonaban un cántico impregnado de armonía i de ternura. Su voz mas arjentina i suave que las otras sobresalia entre todas. Yo percibia distintamente estas palabras:

Los ánjeles me invitan

A su mansion feliz

Ah! vente dueño mio,

Vente conmigo aqui!

El hermoso grupo comenzó a alejarse lijero, mui lijero. A medida que iba alejándose la tristeza i el hastio se apoderaban de mi pobre corazon i el grupo avanzaba sin cuidarse de nada. Pronto Elena se habia perdido de vista... ya no era mas que un recuerdo... yo le habia dado el último adios!...

Cuando volví en mí, abrí los ojos... la habitacion estaba vacia!...

Entónces me dió un vértigo. Me diriji

como un loco a la pieza que ocupaba la señora i que estaba como yo, deshecha en lágrimas.

—Ah! le grité, han robado a su hija i usted en vez de impedirlo, no sabe mas que llorar! Miserable! Si Elena no vuelve, usted me responde con su vida!...

Me iba a precipitar sobre ella, cuando apareció en la habitacion el anciano i venerable jesuita que acompañó a Elena en sus últimos momentos.

—Hijo mio, me dijo sujetándome con dulzura, respeta el dolor de una madre. Elena, peregrina en este mundo, ha vuelto a su celestial mansion. En nombre de ese ángel, en nombre de sus últimas palabras, en nombre del amor que en vida los unió, yo exijo de usted que me permita acompañarlo hasta su casa.

La voz solemne del sacerdote me produjo un efecto extraño. Sin fuerza para re-

sistir, me dejé llevar por él. Me condujo a una habitacion i me hizo acostar.

La fiebre que me devoraba me sumió pronto en un letargo profundo. Dos dias permaneci en cama.

Cuando me levanté, mi espíritu estaba un poco mas tranquilo. Pude entónces meditar en mi horrible situación, i no comprendiendo ya la vida tuve, como la has tenido tú, la idea de suicidarme.

A las 9 de la noche me puse á escribir una carta a mi hermana.

—«Hermana mia, le decia, cuando recibas esta carta, tu desgraciado hermano habrá muerto.

«Tú sabes cuanto amaba a Elena. Sabes que le adoraba con delirio, que no concebía la felicidad fuera de ella, que mi alma le pertenecía, que ni aun arrancándome el corazon podria borrar su imájen: le debo tanto bien, tan completa felicidad!

«Ella me abandonó... i ai!... sin ella me asesina hasta el aire que respiro!...

«Sé que derramarás muchas lágrimas al saber esta noticia... perdóname, hermana mia, yo no puedo resistir al dolor... i sucumbo...»

Habia concluido esta carta. Mi revólver estaba preparado sobre la mesa. Fui a tomarlo cuando sentí una mano sobre mis hombros i oí una voz que me dijo estas palabras:

—Hijo mio. Elena me envia para consolarte e infundirte valor!

Era el anciano sacerdote que, en efecto, parecia enviado ahí por la mano de Dios mismo.

Su presencia, su voz, sus palabras el dulcísimo nombre de hijo que acababa de darme, todo me avergonzó i yo que sonreia a la vista de la muerte, palideci en presencia de aquel anciano.

—Consuelo! valor! repetí. Anciano, vos no habeis amado nunca i por eso imagináis que cabe consuelo en mi dolor.

—Hijo mio, replicó el venerable jesuita, tu comienzas a vivir i ya has aprendido a conocer la desgracia i crees que yo, que tengo tres veces tu edad no la comprenda? Mira: cada uno talvez de mis cabellos blancos representa una lágrima vertida i otra lágrima enjugada. En mi larga vida he podido consolar mas de una vez dolores tan profundos como el tuyo i es que Dios que nos ha dado una misión de paz i de consuelo, guia nuestros pasos, alumbrá nuestra intelijencia i nos ausilia en nuestra obra. Confia en él, hijo mio, i él devolverá la paz a tu corazon i la tranquilidad a tu alma.

—Ah! Yo necesito morir porque necesito verla!

—Conozco que el estado de tu ánimo,

hijo mio, no te permite oír largas reflexiones. Me limitaré solo a hacerte una pregunta: no consideras tú como una felicidad incomparable, vivir eternamente al lado de Elena, gozando sin inquietudes ni temores de todas las inefables delicias de su amor?

—Es la única felicidad posible, es la felicidad suprema!

—Pues bien! Qué méritos has contraído tú para hacerte acreedor a una felicidad como ésta? Has aliviado las desgracias de tus hermanos? has practicado la caridad, has tenido fé? Nó! La felicidad a que tú aspiras no puede darse sino en premio de una vida entera consagrada al bien i a la virtud.

—Pero vivir léjos de Elena!...

—Estas separado de ella; pero esta separacion no será larga. Nuestra vida es un

soplo, es un suspiro, es una nada. Después viene la eternidad, la eternidad feliz o desgraciada pero inevitable. Si tú aguardas tranquilo i resignado el día en que Dios se sirva poner término a tu dolor, verás a Elena i serás eternamente venturoso; pues si pretendes acortar la distancia que te separa de ella no harás otra cosa que poner una abismo entre los dos, un abismo infinito que nadie podrá salvar jamás.

Las palabras inspiradas i elocuentes del anciano caian como gotas de rocío sobre mi alma i la devolvian si no la paz al ménos la resignación.

—I bien, pregunté despues de un momento de silencio, ¿qué debo hacer para alcanzar el bien a que aspiro?

—Amar a Dios sobre todas las cosas i a tu prójimo como a ti mismo, me contestó. A este solo precepto se reduce el Evanje-

lio; ese código sublime de amor i de bondad escrito por la mano de Dios mismo i que encierra un alivio para todos los dolores, un consuelo para todas las desgracias.

—Yo no tengo valor para vivir!...

—Dios te lo enviará, hijo mio. Vente conmigo i en el silencio i soledad de nuestra casa, hallarás un bálsamo para tus heridas.

Mañana comienzan unos ejercicios espirituales que se dan con frecuencia para jóvenes como tú. Esta vez asistirán diez i nueve: tu serás el vijésimo.

—Haced de mí lo que gustéis, dije al sacerdote, sintiéndome ya sin fuerzas i sin voluntad para cuestionar.

En efecto, pasé allí los nueve días que duraron los ejercicios.

Oh! Jamás hubiera creído que la religión católica tenia un tesoro tan inagotable de consuelos.

Allí, en esa santa casa, oyendo la palabra inspirada de austeros i sabios religiosos, elevando continuamente mi espíritu a Dios, alejado del mundo, ocupado solo del alma, encontré la resignacion hija de la fé. Comprendí que mi dolor irreparable, inmenso, no podia encontrar lenitivo sino en algo infinito i eterno.

Allí aprendí a conocer esas dos virtudes que son el fundamento de las demas: la caridad i la humildad, esa virtud tan rara en el mundo i sin la cual la caridad no puede existir en toda su espléndida hermosura.

Abandoné aquel recinto con un sentimiento profundo. Me parecia que al alejarme de allí, me alejaba tambien del alma de Elena.

Llevaba la firme resolucion de enjugar todas las lágrimas que viera derramar i de procurar un alivio a todos los dolores que pudiera mitigar.

El bullicio de la ciudad me desagradaba hasta parecerme insoportable. No concebía como el mundo podía continuar su acostumbrada marcha, sin detenerse ante el espectáculo de una alma desierta de ilusiones i de un corazón agostado por el dolor.

Me retiré al campo i en esa amable soledad i dulce paz, mi espíritu pudo entregarse con mas desahogo a la contemplación. Al levantarse i al ponerse el sol me dirigía a un pequeño cerro próximo al fundo en que vivía i en cuya cúspide había una cruz plantada por la ferviente caridad de un misionero, i allí, bajo el cielo i en medio del espacio, pedía al Señor la gloria para Elena i la paz para mi alma.

Cuatro años pasé de esta manera: ni envidioso, ni envidiado.

Conocí entonces a Luisa, ese ángel de bondad i de sencillez, i sentí hácia ella un afecto suave i tranquilo. No la amaba: no

cabía en mi corazón otro amor que el de Elena; pero me inspiró una especie de amistad, algo como ese cariño de hermano.

Pero yo tenía para ella un atractivo poderoso: esa tristeza romántica que nunca me abandonaba, i la circunstancia de ser talvez el primer joven de alguna educación que ella conoció.

No me fué difícil comprender que Luisa sentía por mí un amor sincero i profundo.

Yo había prometido a Elena en sus últimos momentos, aunque por cierto sin saberlo que prometía, tomar una compañera para recorrer el camino de la vida. Por otra parte, sabía que aquella niña sería desgraciada viéndome insensible i frío a sus amores.

Estas fueron las causas de mi matrimonio.

Luisa fué feliz durante los dos años que

vivimos juntos. Yo la apreciaba demasiado para omitir todas aquellas demostraciones de cariño que tanto la halagaban i procuré hacerla agradable mi compañía. Murió al dar a luz a mi querida Elenita. Su muerte fué un golpe bien cruel para mí que veía en ella un ángel de bondad.

Todo mi afecto se reconcentró entónces en aquella creatura débil que Dios me habia enviado i que reunia los recuerdos de la mujer que tanto amé, ligados a los de aquella a quien debía el ser.

Dios ha colocado en el corazón humano un tesoro infinito de un amor puro i elevado que permanece oculto para el hombre hasta el día en que aparece ese ser pequeño i frágil a quien damos el dulcísimo nombre de hijo.

Yo derramé con profusion ese tesoro i Elenita fué el dulce objeto de mis mas solícitos cuidados.

Dios sin embargo, que nos da i nos quita

con una sabiduría impenetrable todos los bienes de este mundo, me arrebató aquel pedazo de mis entrañas. Amante víme separado de mi amada; esposo, de mi esposa; padre, de mi hija.

Estaba resuelto en los altos juicios de Dios: yo no debía amar con particular afecto a nadie en el mundo i el amor al prójimo era el único que debía ocupar mi corazón.

Desde áquel día terrible de prueba i de martirio, no he tenido otro consuêlo que el que ahora te doi con todo el afecto de una amistad sincera: amar a Dios sobre todas las cosas i a nuestro prójimo como a nosotros mismos.....

.....
.....
.....
.....

Cárlos habia terminado. Un doloroso suspiro, arrancado por tan tristes recuerdos,

manifestaba a Ricárdo que su jóven i desgraciado amigo habia apurado la copa del dolor.

La luz del nuevo dia alumbraba ya el aposento.

Despues dé una noche tempestuosa i cruda, el sol aparecia brillante i espléndido.

Tal es la vida! Al dolor sigue amenudo la esperanza.

¡Ai de aquellos que viven en eterna tempestad!

FIN.

manifestaba a Ricardo que su joven i des-
graciado amigo habia apurado la copa del
dolor.

La luz del nuevo dia alumbraba ya el
apartamento.

Despues de una noche tempestuosa i
brava, el sol aparecia brillante i esplen-
dido.

Tal es la vida! Al dolor sigue viniendo
la esperanza.

¡Ai de aquellos que viven en eterna
tempestad!

FIN.

— 8500000 —